

PRESENTACIÓN

NUNCA LLEGARÁS A NADA

MANUEL MORENO NIETO

CENTRO CULTURAL “LA CORRALA”
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

28 DE FEBRERO DE 2014

Buenas tardes a todos. Muchas gracias por acompañarme en este día tan especial. Para empezar quería decir que mi formación de escritor ha sido un proceso tardío, y que he decidido organizar esta exposición sobre la intención de que salgáis de aquí con algunos secretos y detalles que os ayuden a entender mejor el libro. Quisiera empezar esta presentación con las dos citas que puse al principio:

“...juízo que quizá sea cierto que la fortuna sea árbitro de la mitad de nuestro obrar, pero que el gobierno de otra mitad, o casi, lo deja para nosotros”.

N. MAQUIAVELO. *El Príncipe*, Capítulo XXV.

“...fácilmente sucede que un hombre tenga de sí mismo y de la cosa amada mejor opinión que la justa, y, al contrario, de la cosa que odia una opinión menos buena que la justa. Esta imaginación, cuando concierne al hombre que tiene de sí mismo una mejor opinión que la justa, se llama Orgullo, y es una especie de Delirio, puesto que el hombre sueña con los ojos abiertos que puede todo lo que abarca con su sola imaginación, lo considera, pues, como real y se exalta con ello largo tiempo, no pudiendo imaginar nada que le excluya y limite su propia potencia de obrar”.

B. SPINOZA. *Ética demostrada según el método geométrico*, 3ª parte, Proposición XXVI.

Maquiavelo nos dice que, de nuestra vida, controlamos la mitad o algo menos; Spinoza, que podemos tener una visión distorsionada de la realidad procedente de nuestro propio orgullo. *Nunca llegarás a nada* gira alrededor de estas dos ideas como trasfondo.

Mi infancia, como dije al principio, no estaba relacionada con la literatura. No crecí en una biblioteca políglota como Borges. Fui más feliz que él de niño en Getafe. Como otra gente de allí, entré con trece años en una escuela de aprendices de la industria aeronáutica instalada desde los años veinte en esta población. Con los estudios de oficialía industrial pude convalidar una parte del antiguo BUP y allí, en clases nocturnas, empezaron mis primeras lecturas dirigidas. Leía con frecuencia a un escritor mexicano, Arturo Azuela, del que ahora no sé nada. En una visita a España, declaró en una entrevista que escribir es un pacto con la soledad. Y yo no estaba, de ninguna manera, dispuesto a pactar con la soledad. Al contrario, como me gustaba la calle, al llegar a la universidad me decidí por los estudios de sociología, muy relacionados con ella. Allí estudié a los clásicos de la ciencia social que, en una lectura alicorta, sugieren un determinismo que nos hace desaparecer como sujetos. Para Marx seríamos peones para ayudar, o no, en un desarrollo histórico inexorable. Para Weber, individuos dominados en una estructura burocrática inamovible, una “jaula de hierro” y, para Durkheim, ni

para suicidarnos somos individuos: son las características de nuestro entorno religioso las que marcan nuestro suicidio. En esa misma facultad aprendí las deficiencias de esos grandes sistemas, así como las diferentes combinaciones que de ellos se intentaron.

A mediados de los noventa, ya con treinta y cinco años, y en los estudios de doctorado, mi director de tesis me sugiere unas clases de filosofía que alguien ajeno a la universidad daba en el barrio madrileño de Prosperidad. Era el maestro Juan Blanco. De lo que aprendí de filosofía mucho se me olvidó, pero sí se me quedaron algunas cosas de ese aprendizaje: su ejemplo personal (era el clásico sabio bueno) y aprender a valorar el tremendo esfuerzo que supuso históricamente el hecho de filosofar, el riesgo que suponía, siempre, plantear una teoría nueva.

Cuando murió, hace ya unos años, se me había incrustado una actitud ante la cultura filosófica muy diferente al “saco” de conocimiento. Al contrario, la filosofía enseñaba “el arte de vivir”. También me dejó instalada una rutina de estudio diario, no necesariamente filosófico, pero sí pensar, e incluso escribir algo, sobre lo que esté estudiando.

Desde esa época me llama la atención el grupo de pensadores que, desde Aristóteles a la Ilustración, son mayoritariamente filósofos y, a partir de ahí, son también sociólogos, economistas e incluso historiadores. Son los que tienen la ambición de explicar a la humanidad “la verdad sobre todo”. Personalmente, me producía mucha envidia esa ambición, no tanto por su acierto teórico, siempre discutible, como por la fuerza mental que debe tenerse para intentar algo así.

Se me queda también una tendencia a la lectura básicamente de clásicos, de cualquier género: pensar sobre lo leído, analizarlo desde un punto de visto histórico, releerlos incluso. Los clásicos valen para todas las épocas y hacen que sea difícil inventar realmente algo nuevo. Os leo, como ejemplo, dos textos sobre la envidia que encontré en los últimos años. El primero es de un psiquiatra en una teoría de los sentimientos editada en los años noventa:

ENVIDIA. Relación de dependencia, con asimetría, que juega a favor del envidiado y es vivida por el envidioso como intolerable. Se constituye como una forma de estar en el mundo. Dura toda la vida del envidioso que, para su tormento, vive en y para la envidia.

El segundo es de Baltasar Gracián, jesuita, en el aforismo 162 de su “Arte de la prudencia”, texto de 1647:

No muere de una vez el envidioso, sino tantas quantas vive a voces de aplausos el invidiado, compitiendo la perenidad de la fama del uno con la penalidad del otro. Es inmortal éste para sus glorias y aquel para sus penas.

Al mismo tiempo de las clases filosóficas, entré en los talleres literarios de Clara Obligado, tras una entrevista en la Librería de Mujeres de Madrid. Allí comencé a ampliar mis conocimientos literarios (cada año se lee a fondo un autor) y a conocer las diferentes interpretaciones que puede tener un mismo texto. Empezaron así mis escritos

propios que, a través de los comentarios en las sesiones de trabajo, poco a poco fueron concretándose en un estilo. De esta primera etapa se me quedaron grabados dos comentarios de Clara:

1.- En literatura no hay porqué ser bueno. Si hay que matar a alguien se le mata, y si hay que descuartizarle también.

2.- El que escribe tiene que tener, al menos, un lector (es decir, no hay que estar tan sólo como dice Arturo Azuela)

No resulta difícil entender que la suma de las clases filosóficas y las literarias, ayuden a que mi preocupación por la individualidad dentro de un sistema (lo que conlleva emociones y angustias personales) encuentre una salida expresiva personal en la literatura que es muy difícil en la filosofía o la sociología. La primera requiere un fuerte rigor conceptual, y la segunda necesita una buena teoría, avalada posteriormente por una buena demostración.

Los escritos se van acumulando con los años, al tiempo que, en la línea de Maquiavelo, observo que mi propia biografía no fue predecible: con quince años no hubiera podido acertar como estaría con veinticinco; con veinticinco, lo mismo para diez años más tarde, y así sucesivamente. A medida que se va generando mi producción, y derivado de un carácter reservado, dos problemas atenazan mis textos. Por un lado, tengo una idea muy fuerte de la intimidad, de manera que no cuento mi vida en los relatos; por otro, tengo la pretensión de no aburrir al lector, de tratar de divertir, haciendo uso para ello del sentido del humor.

Hay un género literario que cuadra con estos criterios: el esperpento. Cito directamente a Valle-Inclán, teórico y práctico de esta estética: “Las imágenes más bellas, en un espejo cóncavo, son absurdas. Deformemos la expresión en el mismo espejo que nos deforma las caras y toda la vida miserable de España”. Corrigiendo a Valle, en términos de que las miserias no son sólo españolas, sino internacionales, el esperpento es, en efecto, un género en el que se deforma la realidad, recargando sus rasgos grotescos. En mis relatos, de base esperpéntica, he usado también elementos fantásticos: maldiciones, vida tras la muerte y animales fantásticos que hablan o intercomunican con inteligencia humana.

Muchos de los cuentos que fui escribiendo en estos años contienen personajes muy poco dueños de su vida (como yo mismo), por factores externos o limitaciones internas (Maquiavelo y Spinoza), y utilizo estos relatos, en ocasiones, para homenajear a los clásicos, o a los pensadores que quieren explicarnos la verdad sobre todo, o simplemente a referencias culturales, escritores, incluso cantantes, que se me fueron pegando por el camino.

Los problemas que subyacen a los cuentos son clásicos en la historia de la literatura. En primer lugar, la violencia (física o psíquica, casi siempre jugando con hacer manifiesta una violencia latente) que existe en las relaciones humanas. Luego vienen otros asuntos que yo he sintetizado en dos, continuando el uno al otro: la pareja a

la deriva / imposibilidad del amor. Os leo el siguiente texto, extraído de *La hija del Este*, de Clara Usón, hallado en una vieja tumba de bogomilos (secta cristiana, del mismo tronco que los cátaros de Europa occidental, en lo que hoy es Bosnia):

Aquí yacen Krks y Kalija en la noble tierra de Kljuc. Nos hemos querido el uno al otro y fuimos marido y mujer y Dios nos dio muchos hijos. Hemos vivido juntos durante veinte años. Si salía el arco iris, descubríamos que lo veíamos de distinto modo y que nuestros deseos eran diferentes. Nos sorprendió que nuestra vida en común nos hiciera tan distintos de cómo éramos antes. El día que Krks murió, mi corazón murió y yo también. No deis la vuelta a esta lápida, porque a la luz de la luna nuestros huesos discuten quién tenía razón y quién no y la muerte nos ha hecho aún más extraños el uno del otro.

Aunque la problemática no es nueva, es de justicia constatar que los escritores de la “pareja a la deriva” siempre tienen pareja, y cuando no la tienen no escriben: la buscan. Nunca abandonan a sus mujeres, sino que son siempre ellos los abandonados. Solo resultaría en mi libro novedoso que, en alguna ocasión, en relatos sobre problemáticas conyugales, he requerido la opinión (femenina) de mi mujer al respecto, la cual trasladé sin modificar a los textos.

Por último, también ha sido un motivo literario del libro el despiste masculino contemporáneo ante una realidad femenina incomprensible, que, en el siglo XX, produjo casos como el de John Cheever que, en su relato *Una norteamericana culta*, muere un niño debido a que la madre trabaja, lo que le supuso enfrentamientos con su mujer y su hija, volviendo a la contienda con otro cuento en el que ridiculiza a su hija por vincularse a un artista cuyo arte es pegar mariposas en esqueletos..., en fin, que debido a una mala digestión de la idea de igualdad entre géneros bebió más de la cuenta y nos dejó unos cuantos relatos sin escribir por esta causa.

Personalmente, no he desarrollado ningún tipo de misoginia, a pesar de que las dificultades entre géneros forman parte de mi temática. Por el contrario, me siento más identificado con la idea que proyecta el viejo *bluesman* John Lee Hooker, que dice que la manera de salir del *blues* (se traduce por tristeza o depresión) es a través de una *Big Fine Woman*. Mi propuesta personal frente al otro género, por tanto, no es de rechazo o alejamiento, aunque vengan los problemas de forma inevitable.

Andrés Neuman pasó por nuestro taller en una ocasión y dejó otro avance en la idea colectiva del hecho de escribir, dijo que era un trabajo en equipo, pero para ese momento mis cuentos se habían convertido en un “fenómeno de masas”, dado el grado de implicación de mis compañeros en ellos (en el taller, en cafés y en librerías). A lo largo de los años, mis cuentos se habían estado curtiendo y arreglando. La soledad ahora, frente a la idea de Arturo Azuela, es casi incompatible con la escritura. Así, llega un momento en el que tengo una producción pendiente de los últimos retoques. Pasa por el taller literario Eduardo Bécerra, de la Universidad Autónoma de Madrid, y nos explica la diferencia entre un libro *de* cuentos y un libro *con* cuentos.

Me encontraba pensando en mis posibilidades *de* cuentos, o *con* cuentos, cuando ya sabía de las dificultades de edición de mis amigos y con un mar de dudas sobre la ordenación de mis textos, presentación, biografía a exponer, fotografía incluso, cuando Camila Paz, hija de Clara Obligado, filóloga rigurosa y de mi total confianza cultural por haberla conocido en sesiones específicas sobre literatura clásica, o puntuación u otros temas, se presenta como editora en nuestra zona de trabajo. Se me encienden los ojos y le digo en ese mismo momento que me gustaría ser editado por ella y que tengo algo que presentarle. Me responde que encantada y, a las dos o tres semanas, tras un análisis en el que seleccioné cuentos que podrían formar un buen conjunto, le envió el primer manuscrito.

El veinticinco de julio tengo la suerte de fracturarme tres metatarsos en una caída, lo que me pone en una silla de ruedas durante dos meses y entro a saco en la faena de la pre-edición. Camila, seria e implacable, tal y como yo esperaba, me rechaza la mitad de mi propuesta y me hace escribir varios relatos nuevos de los que, finalmente, también rechazó el que más me gustaba. Digo con esto que mi buena química con la editora nunca implicó su aceptación acrítica de mis planteamientos; por el contrario, ella sólo se deja guiar por criterios de calidad. No me molestaron sus rechazos: todos sus comentarios, correcciones y sugerencias sumaron para que el libro, que salió finalmente el doce de diciembre, fuese mucho mejor al cabo de estos meses.

La primera parte de *Nunca llegarás a nada* se llama *El malestar en la cultura*. Es el título de una obra de Freud sobre la que hice mi primer trabajo en la universidad, aunque el sentido en este grupo de cuentos es diferente. En él, ciudadanos del sur de Madrid, ven su vida trastocada por la irrupción de referentes culturales (escritores, filósofos, cantantes) de un modo anómalo en sus vidas. *La maldición Carver* es mi cuento más emblemático sobre los problemas de pareja; *Cristina*, versión de *El Aleph* de Borges, es una recreación de la imposibilidad del amor debido a estar insertos en diferentes sistemas de creencias; *Horacio* es el menos esperpéntico y el único autobiográfico en cuanto al impacto de la filosofía en mi vida. *El tercer Wittgenstein* desarrolla el despiste masculino en términos grotescos con situaciones extremas y, en *La maldición Gardel*, aparece una realidad ya deforme (un piloto enfrentado a otro hace una bajada rasante con un arzobispo a bordo del avión) en el contexto que nos indica Spinoza del Orgullo que deviene en Delirio.

La segunda parte se llama *Bisagras Hiperbreves*. Sólo explicables por los impulsos de Clara y Camila, porque no me siento muy cómodo en el género, aunque soy un gran admirador de Monterroso, Arreola, y de nuestras microlocas del taller.

En la última parte, le dimos la vuelta al título de la película de Frank Capra y lo denominamos *Qué difícil es vivir*. Aquí los personajes se ven condicionados por su entorno social o sus desenfrenos psíquicos, en diferentes combinaciones de una cosa y otra. En *Mi Hermana Beatriz* y *Cerdos* desarrollo casos de violencia psíquica o latente que acaban en violencia manifiesta e inesperada. En *Ascenso* afronto de nuevo la imposibilidad del amor. En *Sentimiento Nacional* y *Paquito el Chocolatero* personajes, deformado el primero, encontrado en la vida real así el segundo, sólo ven lo que les dicta un orgullo

absolutamente desbocado. En *Maestro del Amor*, un personaje que controla menos de la mitad de su vida hace unas proyecciones de futuro absolutamente erróneas con sus consecuencias correspondientes. En *Silencio en Asturias* y *La isla*, más sobre el despiste (¿o más bien cansancio?) masculino contemporáneo. Por último, en *Cristina más allá*, un suicidio que cierra el libro y en el que doy por transferidas mis obsesiones al lector.

Tuve un problema a la hora de escribir los agradecimientos en el libro. Al contrario que otros compañeros, yo no podría resolver esto con cinco líneas, dado que yo no soy un hombre hecho a sí mismo. Cito a las componentes de la mesa. Camila Paz, que ha sacado mi mejor libro posible en una magnífica experiencia. Clara Obligado, escritora y maestra de escritores, con la que mantengo una vinculación literaria y afectiva de tantos años. Carmen Peire, escritora, editora, amiga, crack y agitadora cultural. Por último, mi agradecimiento a Carmen Gallardo y Carmen Valcárcel, de la Universidad Autónoma de Madrid, que podrían estar realizando estudios más tranquilos, para los que están perfectamente cualificadas, y, sin embargo, se encuentran en este esfuerzo de aproximación de los escritores a la universidad, y de la universidad a la calle, a través de su participación en revistas, encuentros, presentaciones, reseñas, etc. Un ejemplo, en un contexto difícil y de recortes, que nos hace estar seguros de que esta situación tiene arreglo.

A partir de este momento no voy a dar nombres, dado que la cita de uno generaría una gran injusticia en los que no se citan, de modo que, si oís un grupo y estáis aquí, estáis incluidos. En primer lugar, la familia. Me aproveché de que no hay divorcio en este ámbito, y yo no siempre fui fácil. Ahora, en mi casa, además de los problemas de una familia normal, faltaba un escritor, promoviendo obras, cambiando de sitio o de modelo de ordenador, y tratando de alterar los horarios para ponerlos en beneficio de la escritura. Hace poco tiempo leí un artículo en el que Patricia Llosa parecía cansada en su vida con el escritor Mario Vargas Llosa, y tienen tres casas abiertas en tres ciudades fantásticas: Madrid, Nueva York y Lima, viajando siempre con dos asistentes: a saber cuál es mi situación, dadas las diferencias.

En cuanto a los amigos del taller literario, somos una mara encubierta, disfrazada de amantes de la literatura, con un fuerte sentido de pertenencia. Nos hicimos amigos en lo literario y continuamos en lo personal, como se demostró en esta última temporada con algunos de nosotros tocados en la salud y todos pendientes de todos.

Los amigos de Getafe y del sector aeronáutico sois de todas las categorías y profesiones y, aunque se me han dado en el trabajo situaciones difíciles, nunca estuve solo. Aprovecho la ocasión para hacer un reconocimiento especial a los que os empeñasteis en que no me cayese del todo en alguna ocasión. Si me hubiese caído no habría libro, de modo que, a efectos de *Nunca llegarás a nada*, sois tan literarios como Miguel de Cervantes Saavedra.

El círculo de los amigos de Móstoles empezó como padres en el colegio, al que luego se unieron más. Habéis sido leales en el día a día, estando pendientes de nosotros en esta última parte del año pasado, tan complicada.

Un saludo a los amigos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, con los que pasé una de las mejores etapas de mi vida.

En cuanto a los amigos de Granada, sois la respuesta a la segunda pregunta de la batería que Siniestro Total consiguió que consideráramos suya en los ochenta: ¿quiénes somos, de dónde venimos, adónde vamos? Venimos de Granada, de territorios lorquianos, de un pueblo llamado Escóznar, justo al lado de donde se encontraba la auténtica casa de Bernarda Alba.

Por último, una mención a los amigos que me han dado su apoyo desde lejos. Algunos están en América Latina, concretamente en Argentina, Chile, Colombia y Perú. Otros, un poco más cerca, se encuentran en Catalunya, Euskadi, Andalucía y Valencia.

Y para terminar, concretando en mí mismo, reconozco que, a veces, como define Spinoza, he sido prisionero de mi *Orgullo*, muy cerca del *Delirio*. También, coincidiendo con el pensamiento de Maquiavelo, es cierto que de mi vida sólo he controlado la mitad o algo menos..., pero, en la mitad o algo más que no he dominado, estabais vosotros, y gracias a ello, ha salido este libro. Muchas gracias por acompañarme. Esta ha sido una experiencia impresionante.